

DONDE FUEGO HUBO, CENIZAS QUEDAN

Saccomano, Guillermo. *Arderá el viento.* Buenos Aires, Alfaguara, 2025, 237 pp.



Antonio Pozzi

Universidad de Buenos Aires, Facultad de Filosofía y Letras,
Instituto Interdisciplinario de Estudios e Investigaciones de América Latina
antonio Pozzi706@gmail.com
<https://orcid.org/0009-0006-3757-8289>

Un matrimonio extranjero llega, intempestivamente y sin muchas explicaciones, a la "Villa", uno de esos repetidos pueblos veraniegos de la Costa Argentina. Él, de apellido Estherházy, dice ser descendiente de alguna familia aristocrática de Europa Central (ostenta, por supuesto, todos los títulos imaginables: conde, duque, barón, príncipe); ella, Monique Dubois, *née* Judith Rosemberg, de procedencia familiar no especificada y, según su propio relato, protagonista de las más disímiles experiencias (entre ellas, la lucha armada de los años 70). Con ellos, dos criaturas portadoras de nombres ultramundanos: Lazlo y Aniko.

Compran un hotel que, como no podía ser de otra manera, se llamará Habsburgo, establecimiento que tendrá alguna que otra temporada decente al comienzo pero que, con el paso de los años y la errática administración familiar, se sumirá en la más absoluta decadencia.

Él, Hugo Estherházy, es pintor y busca, con obsesión, componer el cuadro perfecto mientras se desliza, progresivamente, por el fondo de una botella de ginebra y por las laderas de una ira ancestral. Ella, Monique Dubois (mejor conocida como "Moni"), le rinde culto a su cuerpo y se ve envuelta, de *motu proprio*, en una infinita cadena de *affaires* con los diversos hombres y mujeres que habitan la Villa. Mediocre compositora de versos melosos con lejanos ecos modernistas en el periódico del pueblo (dirigido por uno de sus más insignes amantes, el cínico periodista Dante), se embarca en la difícil empresa de escribir una novela pornográfica que apunta a ser un catálogo kitsch del deseo humano.

El hijo, Lazlo, demuestra desde la más tierna infancia tendencias a la psicopatía. Asesino de perros, lector de Dostoievski y Nietzsche, autoproclamado profeta de una civilización superior que será forjada a sangre y fuego, acabará en la cárcel luego de convertirse en eso que en Estados Unidos (aquella tierra de la barbarie armada) se conoce como un *school shooter*, un destino tal vez fuera de tono en estas desventuradas comarcas. La hija, Aniko, cuyo nombre oriental explica, finalmente, su derrotero: se transformará en el oráculo de los supersticiosos y los seguidores de la doctrina New Age en el pueblo. Lectora obsesiva del *I Ching*, será quien observe, en los epigramas, la catástrofe.

Como esta es una novela situada en un pueblo, lógicamente Aniko y Lazlo deben entablar una discreta relación incestuosa repitiendo, tal vez, un tropo trillado: la hermana angelical/el hermano atormentado.

Sin embargo, los Estherházy/Dubois son parte de un decorado más amplio. Como se trata de una novela con múltiples personajes, la familia de forasteros no es más que una porción de la relación de los hechos en la Villa innominada. Y, de nuevo, como esta es una novela sita en un pequeño pueblo costero de la Provincia de Buenos Aires, la historia se desenvuelve como un largo rosario de chismes, secretos, medias mentiras y medias verdades (porque en un pueblo nada es completamente mentira ni nada es completamente verdadero), *affaires*, funcionarios corruptos, violencia generalizada y drogas. El intendente desaparecerá tras un negocio frustrado con una multinacional extranjera en que se jugaban licitaciones truchas de tierras públicas, lavado de dinero y narcotráfico; el Comisario de la Villa, macho argentino, casado con hijos y baluarte inconmovible de la mano dura contra la delincuencia, mantiene un discreto *affaire* con un muchacho en un sórdido hotel de La Plata; las banditas de delincuentes llevan adelante sangrientos ajustes de cuentas; y el asesinato de un locutor radial, hippie y transa de porro para menores de edad suscita una movilización a la municipalidad como si se tratara de la mismísima Casa Rosada, marcha que termina incluyendo reclamos disímiles: desde los retrasos en la recolección de basura, hasta el pedido de justicia por el gatillo fácil y la exigencia de respeto por las reservas naturales. Y a esta serie, casi infinita, de asesinatos, catástrofes y chanchullos se suma la existencia de otra "villa", la que se encuentra al otro lado de la circunvalación, ese asentamiento de casitas miserables que crece de a poco y que amenaza con engullir, algún día, a la Villa donde el Habsburgo languidece.

Este hotel que da pie a la historia y que parece ser una suerte de nódulo por el cual giran los círculos concéntricos del pueblo, finalmente, será consumido por las llamas de un incendio. Y, tal vez, no sería arbitrario ver en esta última imagen una cierta metáfora nacional.

A grandes rasgos, este es el marco de *Arderá el viento*, el último libro de Guillermo Saccomano, publicado en 2025 y galardonado con el Premio Alfaguara de novela. Bajo el pretexto de ser una novela sobre un ignoto pueblo costeño, Saccomano ha escrito un libro sobre la Argentina contemporánea. O por lo menos ha intentado hacerlo. Y como todos aquellos que intentan escribir sobre esta Argentina invertebrada, tiene sus aciertos y sus defectos. El problema es que, en el relato de las peripecias nacionales, los defectos resuenan mucho más que los ocasionales aciertos. Tal vez porque el lector no puede evitar comparar las dos imágenes y buscar las diferencias. Por esto mismo, *Arderá el viento* es una novela defectuosa. Y, quizás, la razón de esto reside en que parece escrita no para un argentino, sino para el uso de las buenas conciencias ilustradas de países extranjeros o para las amarguras de los *emigrés* que han concluido, luego de años de decadencia y con cierta razón, que la Argentina es imposible. Esto a pesar de que Saccomano reside hace décadas en Villa Gesell y podría dar cuenta, con cierta verosimilitud, de los devenires de un pueblo de la costa y, un poco más ambiciosamente, de los destinos nacionales. Pero como este es un país del error, nada es tan fácil. Por momentos, la novela se desenvuelve como un catálogo de tropos trillados, de tipificaciones un tanto absurdas. Y, ocasionalmente, parece más una historia de *gangsters* estadounidenses que una historia de pueblerinos aburridos (quizás Saccomano acierta en algo y eso podría ser que la violencia es, hoy, parte de nuestro color local).

Arderá el viento quiere ser una aguda crítica de las dolencias nacionales, pero sin el penetrante humor de un Roberto Payró. Tiene el problema de ser un libro que se toma demasiado en serio (a pesar de sus pretendidos destellos humorísticos y sus estocadas irónicas) en un país que no se toma para nada en serio.

Sin embargo, y nobleza obliga, Saccomano despliega no solo su calidad como escritor sino que, también, a veces, suele dar en el clavo. Y sus dos grandes aciertos se resumen en dos agudas observaciones: la primera, el juego entre la "Villa" y la "villa", esa progresiva bifurcación del país en dos territorios mutuamente interdependientes pero, al mismo tiempo, autónomos entre sí, espejos invertidos del otro. Finalmente, la Argentina no ha dejado de ser un país de fronteras, de zonas liminales, de violencias más o menos

Donde fuego hubo, cenizas quedan

explícitas; la segunda, y ya atisbada más arriba, la figuración del Habsburgo en llamas. De nuevo, quizás no sería errado ver en esta imagen apocalíptica un cierto derrotero histórico o, más bien, el anuncio de una catástrofe. Un país que tiene alguna que otra temporada decente pero que sigue el largo sendero de la decadencia hasta concluir en el incendio. El Habsburgo podría no ser solamente la metáfora de los Estherházy/Dubois (y del resto de los villanos), sino de algo más grande. Isaiah Berlin decía que todas las naciones atrasadas terminaban por reflexionar, en algún momento, sobre sí mismas. En esto, *Arderá el viento* parece una novela argumental más que una novela frívola sobre la violencia en un pueblo de la costa argentina. Donde fuego hubo, cenizas quedan.